

Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año XLII - Nº 2180
Montevideo, 1º de
Junio de 1975



Don César Batlle Pacheco
1966 -5 de junio- 1975

Un nuevo aniversario de la partida de este ciudadano ejemplar, hace propicia la evocación de sus austeras virtudes y su desinteresada entrega a las grandes causas de la República. (Foto Caruso).

Suplemento Dominical de

EL DIA

Fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

Año XLII - Nº 2180 - Montevideo, 19/VI/1975

Directora: Dora Isella Russell

Dep. Legal 31.227/72

AÑO DE LA ORIENTALIDAD

ADVERTENCIA

No se reciben colaboraciones espontáneas
ni se devuelven materiales no solicitados.

DIR.

Jerónimo Zolesi en su madurez



Don Jerónimo Zolesi

EL 25 de mayo se cumplieron cien años del nacimiento del ilustre profesor Jerónimo Zolesi. Justificados homenajes se han proyectado para honrar la venerable memoria de este varón, cuya existencia —de la que sería osado intento el pretender trazar una síntesis— fue de constante y fecunda labor. Porque Zolesi, no era de aquellos que se encierran en altiva torre de marfil, y permanecen ajenos a la vida bullente en su torno. No se limitó a contemplar desde la apacible orilla, el perenne flujo de las aguas. El fue hombre de acción sostenida; mas su empeñosa brega no tuvo por acicate la avidez de riquezas materiales, ni el afán de escalar las posiciones que brindan los halagos capitosos del poder.

Lector asiduo de Horacio, amaba como el vate de Venosa, la "áurea mediocritas"; vivir, ni envidioso ni envidiado, en medio de amigos discretos y de libros que le transmitían el mensaje cordial de nobles espíritus, de lejanas épocas y de apartadas regiones.

Por padres y mayores traía sus raíces de Italia. Eran los suyos —cual auténticos ligures— gente marinera. Pero con su progenitor se rompió la tradición. Un día la combatida barca embicó en nuestras playas, y los Zolesi trocaron la vida inquieta del hombre de mar por la sedentaria del agricultor.

El niño fue enviado por sus padres al Colegio Salesiano de Villa Colón, donde bajo la benévola férula de los humildes religiosos —dirigidos entonces por el venerable Monseñor Lasagna— cursó sólidos estudios elementales y secundarios. A poco de su ingreso no tardó el precoz Jerónimo en destacarse con singular relieve entre la caterva de sus condiscípulos. Mostró temprana inclinación por las ciencias y escanció en las ánforas clásicas para saciar las ansias de belleza que le asediaban. Y sin descuidar por ello el estudio de la lengua española, creada para expresar las cosas más excelsas, sorbió el néctar de literaturas foráneas. También le cautivó la historia, particularmente la de Roma, florilegio de insuperadas gestas. Su inteligencia estaba alerta, dispuesta a internarse en todos los campos del conocimiento. Por eso, apenas trascurrieron los umbrales de la edad viril, poseía una cultura tan vasta, que le hubiera permitido alternar sin desmedro con aquellos varones del Renacimiento, que se jactaban —cual Pico de la Mirándola— de poder disertar "*De omni re scibili et quibusdam aliis*": De todas las cosas que se pueden saber y de algunas otras.

Al trascender su honrosa nombradía no tardaron en requerir sus servicios. Los estudios y observaciones sobre geofísica, publicados en los boletines del Observatorio del Colegio Pío se habían sindicado como un investigador con rigor científico, de las peculiaridades de nuestro clima. En razón de ello fue llamado en 1901, al igual que su fraternal amigo Luis Morandi, para organizar el recientemente creado Instituto Nacional Físico Climatológico, del que se le confió la subdirección. En 1911 se alejó de dicho cargo, después de haber reunido un importante acervo documental pluviométrico. Al despedirlo afectuosamente, el director de ese instituto, expresaba que "las condiciones de inteligencia y de carácter de Zolesi, contribuyeron a afianzar una obra que las circunstancias se empeñaban en dificultar". Pero, tras un breve paréntesis de actuación en el Museo Pedagógico retornó al Observatorio, donde permaneció hasta 1925. Fue en esa etapa cuando utilizó muchas de sus observaciones en un libro: "Meteorología y Seismología", elegido por un juez tan parco en lisonjas como el insigne sabio suizo Montes de Ballore, considerado como la primera autoridad en esta disciplina.

Simultáneamente, y defiriendo a la insistencia de amigos, comenzó a colaborar en la prensa periódica. Esta nueva actividad le permitió, en breve lapso, destacarse en los medios intelectuales con singular prestancia. Las páginas de "El Tiempo" —órgano dirigido por los Dres. Domingo Mendilharzu y Javier Mendivil— insertaron desde 1903 sus artículos, eruditos y de ceñido léxico. Pasó de allí a poco a "El Siglo", diario decano de la prensa uruguaya. Ese periódico, caracterizado al decir del Dr. Melián Lafinur, "por la extraordinaria influencia que ejerció y porque reflejó en sus páginas las más altas aspiraciones en pro del bien común", contó a Zolesi entre sus redactores más dinámicos. En 1913, cuando se decidió publicar un libro-álbum con motivo del cincuentenario de la editorial, fundada por Adolfo Vaillant en 1863, se le encomendó la dirección de ese trabajo a Zolesi, quien logró consignar en un grueso *in folio*, un pormenorizado panorama de la República en ese turbulento medio siglo. Todavía hoy apelan a ese volumen, como a fuente documental inexhausta, los estudiosos.

Zolesi no era, por cierto, uno de esos periodistas "dilettanti", que sólo aspiran al aplauso de sus coetáneos, deslumbrándolos con el brillo efímero de barnices que no tardan en quedar desvaídos. Sus artículos

—en algunos casos verdaderas monografías— encerraban sabias y proféticas consignas. Fácil sería traer a colación ejemplos ilustrativos. No lo haremos, y para no ser tachados de prolijos, nos limitaremos a recordar por su vigencia, uno solo intitulado "La minería nacional". En él —glosando las afinadas observaciones que al Código de Minería formulara el Dr. Eduardo Acevedo— preconiza la riqueza que ofrece nuestro suelo, y las posibilidades de extraer hierro, esquistos de mica y talco. Y señala con autoridad científica, las halagüeñas perspectivas de nuestros mármoles y granitos y de las ágatas y calcedonias de los departamentos del norte.

*

Su fe en levantados ideales, que jamás se anegó bajo olas de decepción, le llevó a prestar su concurso a numerosas obras sociales. El "Círculo Católico de Obreros", la "Sociedad Dante Alighieri" y otras entidades, supieron de sus proficuos afanes y muchas otras empresas generosas le contaron como obrero entusiasta; entre ellas la del prestigioso liceo "Elbio Fernández"—surgido como paradigma en los días de la Reforma Escolar— cuyo derrotero trazó con firme pulso.

Cultivó felizmente las letras, de lo que son prueba sus ensayos sobre "Rodó, el Maestro Espiritual", "Del Pontificado", "Sullo svolgimento della lingua e letteratura italiana".

Ejerció, además, la docencia en varias disciplinas.

*

Yo integré el grupo de los que, por afortunado azar, fuimos sus discípulos. Recuerdo que, desde las

clases iniciales, quedamos suspensos al escucharle y llenos de asombro al comprobar cómo incursionaba con igual señorío, en los dilatados campos de las ciencias y de las letras.

Era entonces don Jerónimo un señor de aventajada estatura y recia contextura, de maneras graves. La cabeza, coronada por grisáceos cabellos, tenía un aire de majestad. Trascendía a su rostro una expresión adusta, mitigada por la dulzura de sus claros ojos.

Dominando con la palabra y la actitud el bullicio juvenil, exponía los temas con un léxico preciso, noble, que revestía de novedad aun los conceptos más comunes. Las palabras salían concertadas de sus labios, con una espontánea elocuencia, que no trasuntaba en ningún momento, la petulancia del retórico.

Era la estampa del profesor y se imponía por acción de presencia. Nadie osó jamás, en sus clases, intentar algunas de esas bromas con que, en todos los tiempos, el espíritu de chanza y la briosa naturaleza de la juventud, han procurado poner en solfa a sus mentores. Las "diabluras" narradas por el autor de "Juvenilia", no se dieron en sus cursos. Prueba tácita de la veneración que invariablemente le tributaron sus alumnos.

Tan reverente adhesión no se lograba, por parte del catedrático, con tronitantes amenazas, ni con las actitudes captatorias de algunos maestros, que solicitan la simpatía de los estudiantes con familiaridades y pequeñas complicidades. Zolesi mantenía la distancia que debe existir entre enseñantes y doctores. Ello no implicaba, por cierto, que fuera indiferente, ajeno, a los problemas e inquietudes de la gente moza. Su magnánimo corazón no le hubiera permitido permane-

cer extraño a la vida cotidiana. La frase del personaje de Terencio podía estar en sus labios: "Homo sum."

Con solicitud casi paterna, y guiado por su intuición psicológica, que le permitía leer hasta el fondo de los sentimientos, se interesaba por las cuestiones que preocupaban a los jóvenes. Los muchachos no tardaban en notarlo, y entre ellos y el profesor de riguroso talante, se establecía una correspondencia espiritual. Le planteaban sus dudas y le confiaban sus aspiraciones, sus sueños más recónditos. Hasta llegaban a exhibirle los primeros versos, escritos con trémula mano, que él, con sentido augural, no rehusó en algún caso prohiar con afectuoso prólogo.

Cumpliendo con exceso, a fuer de responsable guía, sus obligaciones pedagógicas, extremó su generosidad para con los discípulos, invitándolos a frecuentar su casa de la calle Salto, en la que había edificado sobre firmes cimientos el santuario de su hogar.

Cuanto recordamos aún aquellas tardes dominicales, y evocamos la espaciosa estancia, al través de cuyas ventanas penetraba una suave luz, tamizada por el follaje de los plátanos de la calle. Varias bibliotecas custodiaban centenares de libros, de policromos lomos y tejuelos, con nombres consagrados de las ciencias y de las letras, antiguos y recientes. En el centro, la mesa de trabajo, sobre la cual, en un pequeño búcaro, había flores colocadas por manos cariñosas. Un busto con el crispado rostro de Dante, proclamaba el amor de Zolesi por el poeta que "sovra gli altri com'aquila voia".

En ese plácido ambiente de estudio transcurrían blandamente las más de sus horas. Amaba la serenidad —de la que escribió un bello elogio— y gustaba sincronizar su vida a un ritmo lento, exento de prisas y zozobras. Lector insaciable, nos contaba cómo en sus años mozos el canto del gallo solía sorprenderle inclinado sobre los libros. Y que ese hábito añejo persistía, lo sabíamos quienes, en horas altas de la noche, veíamos filtrarse al través de las persianas de su residencia, la luz tenue de la lámpara que iluminaba sus nobles vigiliias. Nunca había pausas en su faena de estudioso. Su curiosidad —avidez encomiable cuando se aplica a elevados fines— le incitaba a explorar todos los dilatados confines del saber. No regía para su inteligencia ningún admonitorio "Non plus ultra". Como el Ulises de Dante, ansiaba conocer.

Pródigo de su saber tenía, para todos los que se los pedían, consejos e indicaciones certeras. Y cuando explicaba, ya en las clases, ya en su hospitalaria morada, lo hacía ensamblando las áridas nociones científicas con bellas citas y conceptos literarios. Un día en la Universidad, en el curso de geografía física, comenzó una lección sobre las nubes, describiendo científicamente los cirrus y los nimbus, los arrebolados estratus y los oscuros cúmulus que encierran en su seno, la tempestad y el rayo. Y clausuró su magistral disertación con la recitación del "Megadhuta", aquella página antológica de Kalidasa, en que un cautivo confía a la nube pasajera, su mensaje de amor para la esposa lejana. Porque su feliz memoria retenía los más bellos trozos de muchos poetas antiguos y modernos: desde Dante, Petrarca y Fray Luis de León hasta Pascoli, Ada Negri o Fólgor.

Inolvidable Maestro! Cuán nobles eran las frases que fluían de sus labios, nutridas de sabiduría, de elevado sentido ético, de fecunda exaltación patriótica. Estimulantes para el perplejo o el tímido; severas para el audaz.

*

Zolesi hubiera merecido contar entre sus auditores a algún émulo de aquel ateniense Jenofonte, que en la regalada miel de su prosa, recogió las aladas palabras de Sócrates, para que la doctrina del sabio alcanzara a los hombres de edades venideras y no quedara como fungible peculio de los pocos que tuvieron la fortuna de escucharlo!

La existencia de nuestro conciudadano, deslizándose mansamente, fue el testimonio de su sabiduría. Nunca se sintió —como dijimos— dominado por la codicia, ni le alteraron ambiciones o pasiones bravías. Obtenía con su trabajo lo requerido por las exigencias de una vida, cuyo mayor halago era la honda satisfacción que le ofrecía su labor didáctica.

¡Fortunate senex! Aun al cruzar las fronteras de la senectud no desfallecieron sus esperanzas; no se menguó su fe. Comprendió que la vida en todas las etapas merece ser gustada; que la vejez no es triste y estéril. Todavía sentía en su brazo vigor para arrojar simientes que se convertirían un día en árboles de cuya sombra y de cuyos frutos no había de gozar. Así, con alegría, aguardó con la serenidad del filósofo, y con la fe del cristiano, la hora del tránsito.

¡Y ésta fue su postrera lección.

Armando D. PIROTTO

(Especial para EL DIA)



Busto en bronce del Maestro Zolesi, que preside serenamente los juegos de los niños, en un rincón apacible del Parque Rodó.

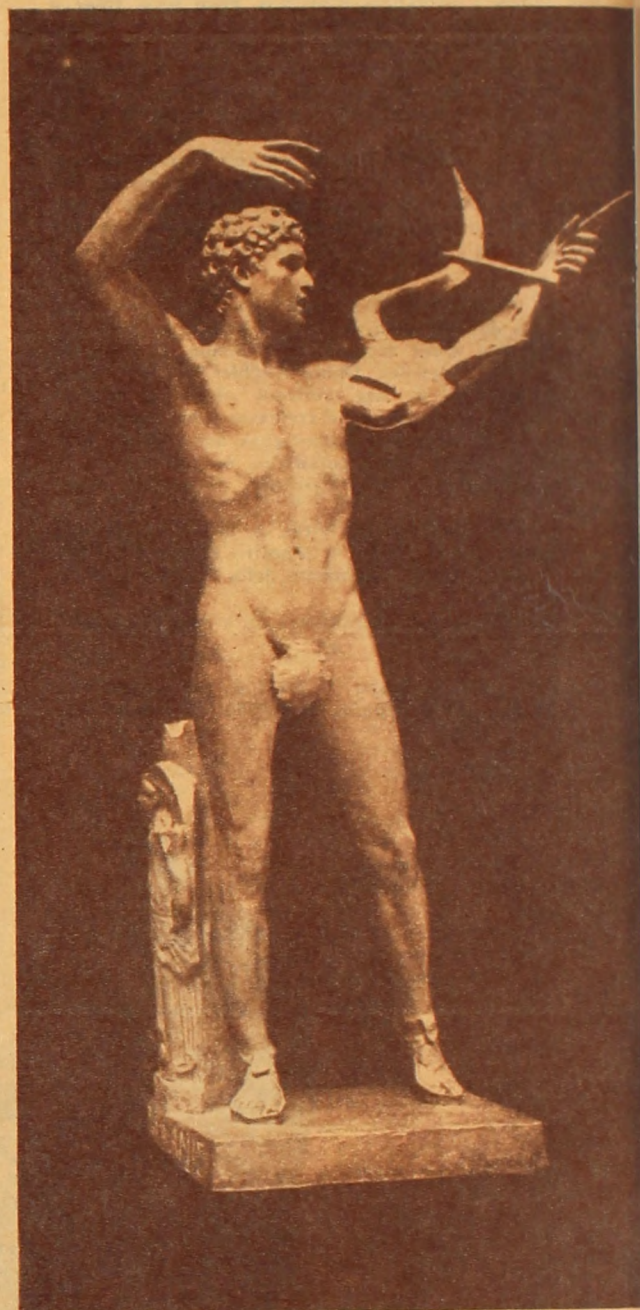
Orfeo

Es bastante frecuente encontrar lectores cultos y talentosos que manifiestan sin ambages que no les interesa la lectura de obras poéticas. Una encuesta entre nosotros, daría un porcentaje muy pequeño de lectores de poesía frente al interés cada vez mayor por la novela. Y quizá lo mismo sucedería en todas partes. Sin embargo, es evidente que muchos de los lectores de obras narrativas van actualmente a ellas atraídos no por el interés de la trama, sino por aquellos valores esencialmente poéticos, aunque expresados en prosa. El mismo placer —o mayor, sin duda— puede darles la lectura de obras auténticamente poéticas. Pero ellos no lo saben o viven como esclavos de un prejuicio o de un capricho: el de desdeñar la poesía cuando como tal se presenta.

La poesía, como esencia, está presente en toda nuestra vida. ¿Quién, si no ella, nos mueve a sentir y amar la Naturaleza, a caminar en busca de un horizonte espiritual? ¿Quién, si no ella, idealiza y embellece la prosa de nuestra rutina cotidiana? Sí, la poesía está en nosotros, como los nervios y la sangre. ¿Por qué, entonces, querer rehuirla en su versión escrita, legado generalmente doloroso de seres a quienes el destino eligió para una de las más bellas formas de la fraternidad humana: la de la comunicación espiritual, sin interés ninguno, en la generosidad de los actos nobles y puros?

En las eras primitivas, la poesía fue sencilla, directa, imaginativa siempre (porque la poesía no puede vivir sin el valor de la imagen). Luego se complicó de erudición, de sabiduría, de técnica, sin dejar de ser poesía —y alta poesía— en los verdaderos creadores. Los románticos la quisieron como desborde —a veces excesivo— de sus emociones. Los parnasianos, como un joyel impecable que debe cincelarse, ajeno a toda opulencia emocional. Los simbolistas dieron valor fundamental a la sensibilidad agudizada por las mediatintas impresionistas, por las relaciones ("correspondencias") entre las cosas y el espíritu, por la transfiguración simbólica de la metáfora. Más tarde, los surrealistas llevarían el simbolismo a zonas inéditas, oníricas, donde se agitan las mareas del subconsciente. Otras modalidades, en lo que va corrido de nuestro siglo, fueron de valor efímero, pero a veces, dejaron algo positivo, que se incorpora a la poesía contemporánea, la que en general actúa con plena libertad, sin sujeción a ningún encasillamiento.

Sería simple querer otorgar a un poeta, a uno solo, la primacía universal. La Naturaleza —o Dios— no dan nunca todo junto: reparten los dones. No creemos que exista el poeta superior, único. Pero pensamos, eso sí, que dos de los "momentos" fundamentales de la poesía de todos los tiempos y de todas las regiones fueron expresados por dos poetas del siglo



Cuaderno de Bitácora

Entre bobos anda el juego

Al llegar a Madrid leímos la noticia: Don Jaime de Borbón, el mayor de los supervivientes hijos del Rey Alfonso XIII de España ha muerto en Suiza. El año anterior, su hijo Don Juan Alfonso, Duque de Cádiz, nos dijo que su padre había abandonado su viejo exilio de París porque era ya muy duro enfrentar la enloquecida alza del costo de vida en Francia. Los príncipes también pagan el precio de la inflación para satisfacer las exigencias de la sociedad de consumo y de la guerra fría.

Recordamos la alta, enigmática y prognática figura de don Jaime, una tarde en la Estación de los Inválidos, allá por 1959. Lo acompañaban como siempre el menudo, gordito, locuaz y amable Marqués de Alderete, adscripto a la Agencia France Press y compañero leal del infante proscrito.

Contra todo lo que nos habían anunciado, don Jaime podía expresarse con la palabra. El real sordomudo hablaba, trabajosamente, sí, pero usaba de la palabra y la subrayaba con sus ojos grandes e inteligentes; bajo la frente ancha sobre el clásico mentón borbónico, agresivo como proa de galeón.

Alderete iba de acá para allá. Conocía a todo el mundo. Me parece que Don Jaime había acudido a Los Inválidos para esperar a alguien. Tenía mucho interés por la política de América Latina; de "Hispanoamérica", según decía. Conocía a muchos personajes, pero expresó especial interés por Haya de la Torre.

La leyenda pintaba a Don Jaime como una especie de inválido a causa de su congénita sordomudez, pero el hecho es que, tartamudeando, habló con nosotros durante un buen cuarto de hora. Según supe, su segunda esposa "la alemana", como la llamaba la Reina Madre, Doña Victoria Eugenia, se propuso y logró en gran parte vencer el defecto del infante. De haberlo hecho antes, acaso no habría renunciado a sus derechos al trono español, y otra habría sido la perspectiva del futuro.

Más, volviendo a los hechos de hoy, como leímos en una información en ABC, los legitimistas franceses proclamaron a Don Juan Alfonso como pretendiente al trono (y él está casado con la nieta predilecta del generalísimo Franco); se justificarían los rumores, inferencias y sugerencias en torno a la potencial coyuntura de una nueva situación política al ocurrir la desaparición del Caudillo.

A raíz de estos sucesos y sobre todo de la nueva situación portuguesa es evidente que los españoles se sientan inquietos. Es cierto que el ejército respalda las decisiones del generalísimo, pero no es menos cierto que el debate sobre las Asociaciones adquiere caracteres apremiantes. Los monárquicos, los republicanos, los tecnócratas, los socialistas, cada sector por su lado se reagrupan y actualizan sus respectivas posiciones.

Sería exageradísimo hablar de "tentativas" o intentos en tal o cual sentido. No las hay. Pero, soterra-

das aunque expresas; invisibles pero palpables bastan aquí y allá comentarios, tratos, debates en torno al futuro. No parece que el estallido portugués sea demasiado influyente. Portugal nunca determinó a España, sino al revés. De otro lado, España tiene aún vivo el recuerdo de su millón de muertos en la guerra civil, así como Portugal tiene ante sí el de sus cuarenta años de tremendo silencio colectivo. Empero, dadas las circunstancias, todo es posible y nada es previsible. Posibilidad y previsión en este caso se combaten.

El último día en Madrid, el chófer del taxi que nos conduce a una visita de "adiós" nos dice: "Yo nací en 1941, después que acabó la guerra civil. Yo no quiero saber nada de política, esa es cosa de los políticos; pero en realidad cuando queremos algo nadie nos escucha, todo se resuelve arriba y sin nosotros."

Lamentablemente eso no es exclusivo de España ni lo era de Portugal. En el juego de fuerzas políticas, la gran mentira es hasta hoy la de prometer a las mayorías que hagan valer su peso. Una minoría sustituye a otra, una oligarquía a otra, un señor feudal a otro, y en cuanto a mayorías y voz del pueblo digámoslo con una frase del teatro clásico: "entre bobos anda el juego".

Luis Alberto SANCHEZ

Lima, mayo 1975

(Especial para EL DIA)

pasado: europeo uno, americano otro: Baudelaire y Whitman, que fuera de toda duda son dos espíritus opuestos. Baudelaire es un romántico (y también, por momentos, un antirromántico a causa de su crudo realismo), es un anunciador del simbolismo y asimismo es un es'teta y un parnasiano en lo que a la forma se refiere. Su parnasianismo es un resultado de su esteticismo y nada tiene que ver con la retórica, porque la ha liberado de toda pesadez. Whitman es en lo formal —y sobre todas las cosas— un antiparnasiano. Cultiva gozosamente el verso libre que no inventó, pero al que dio la energía necesaria. Baudelaire es un pesimista, un escéptico. Whitman es de un optimismo ardoroso. En ambos se da la verdad poética —es decir, la verdad existencial— en sus dos formas fundamentales y eternas, ambas verdaderas y necesarias.

Los jóvenes poetas de la actualidad buscan temas nuevos, nuevas imágenes. A veces aciertan; muy a menudo caen en el prosaísmo. Porque es preciso no olvidar que la poesía es algo así como una fuente secreta, como un misterio diáfano o, si se prefiere, como una claridad mágica —y que, desde luego, no basta ser agudo, ingenioso, gracioso, mordaz u original— características muy corrientes en la más reciente promoción lírica— para crear poesía. Las reacciones espirituales, los pensamientos a veces profundos, las rebelías, todo, en fin necesita ese "imponderable" para que no pasen de ser simples apuntes dispuestos a manera de versos. Dé la misma manera hallamos errónea la actitud de quienes, en dirección opuesta, creen que la solución está en retornar a la tradición poética y revivir, en lo posible, sus grandes modelos clásicos. Siempre preferiremos leer a San Juan de la Cruz en San Juan de la Cruz y a Garcilaso en Garcilaso.

Junto a la poesía intensa y trascendente habrá siempre lugar para una ligera, hecha de pura gracia, de juego, de fiesta de imágenes, de frescura y de sensualidad, como la que, deliberadamente, realiza en un sector de su obra el ecuatoriano Jorge Carrera Andrade. Por eso, consideramos un error que quiera condenarse —como se ha hecho entre nosotros— la aparición de gacelas y caracolas en los poemas. El poeta realiza su obra muchas veces, con las bellas cosas que le ofrecen tierra y mar, y tanto da que refleje gacelas y caracolas, o chingolos y barcas (todo es cuestión de temperamento). Es una poesía directa, un recrear del mundo circundante, tan necesario como la poesía de entraña social, tan auténtica asimismo. Pero no hay poesía política, como no puede haber poesía científica. Para los críticos está la prosa. La poesía es evasión.

Sólo por excepción (Whitman, Eliot, etc.), admitimos el poema extenso, muy extenso. En rigor, tal poema es una serie de poemas, un hermanamiento lírico, a veces todo un libro condensado en un poema, como en el caso de "Song to myself". "Espacio", de Juan Ramón Jiménez es otro ejemplo elocuente.

Nos resulta inaceptable la "antipoesía", pues creemos que para desechar la retórica y el formalismo no es preciso desechar la poesía. Aciertos parciales de cosa "naïve" en algunos antipoemas de Nicanor Parra —en cuyo lenguaje conversacional creemos ver influencia del brasileño Carlos Drummond de Andrade— no bastan. Por lo demás, como todos los que en el Uruguay escribieron en elogio de Parra, le dieron el título de inventor del antipoema, hora es de recordar que los primeros antipoemas fueron publicados por el peruano Enrique Bustamante y Ballivián, hoy injustamente olvidado. Sus antipoemas no son lo mejor de su obra.

El juicio para valorar la poesía debe ser amplio, sin sectarismo: puedo hallar la belleza tanto en un poema complejo, desenvuelto, como en la brevísima canción de tono popular, de la que Gil Vicente es ejemplo insuperado.

Sí, la Poesía, diosa magnífica, está en toda nuestra vida. Hay quienes creen haberla ahuyentado, por pensar que no tiene lugar en estos tiempos. Pero no. Está ahí, llamándonos, llamándonos. Es virgen, magnánima y huidiza. Si es necesario, sabe transformarse. Conoce el secreto de los mimetismos. Nadie puede herirla, ni insultarla, ni bloquearla.

Cuando hablamos del alba de un mundo mejor, cuando hablamos de paz y de fraternidad, es Ella la que está en nuestros ojos y en nuestra voz.

¡Todo el universo se embellece, día y noche, con los mensajes que Ella envía!

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)



Victoria sobre la muerte

POCOS temas más apasionantes, controvertidos y distintamente interpretados que el de los opuestos vida y muerte. Así dijeron Sócrates: "La vida es un viaje en el que el hombre cambia continuamente de escena". Y Tagore: "La vida es la constante maravilla de existir". Y Amiel: "Vivir es combatir incesantemente la muerte y la nada".

Al regreso de algunos estados pasmosos, de anes-tesia, orgasmo, epilepsia, y sobre todo elación mística, hombres cultos y responsables creen haber ultrapasado la frontera del más allá de lo existente. ¿Acaso fue realizable al espíritu desprenderse de modo perfecto aunque fugaz de sus vínculos corpóreos? Responder afirmando significa incluir entre las posibles, aventuras sobrenaturales, que instituciones solventes estudian, como lo hacen la Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres, el Instituto de Psicología y Metapsíquica de París y secciones especializadas en universidades de los Estados Unidos, en cuyos anales se registran facultades misteriosas que despliega el espíritu para acrecer energías y reconstruir tejidos y órganos con aceleración inusitada del tiempo fisiológico, lo que nos asoma a un continente de prodigios, como la famosa curación en horas de un cáncer al vientre, seguida y confirmada por el sabio, y hasta ahí escéptico, doctor Alexis Carrel, señalado para comprobar científicamente una peregrinación a Lourdes; poderes los cuales intensificados por la fe, preñan la vic-

toría sobre la enfermedad, la decrepitud y la insuficiencia, antesalas de la muerte.

¿No significará lo dicho dar razón a Victor Hugo cuando aseveró "Desgraciado el que vive con los ojos puestos sobre el mundo material y las espaldas vueltas al mundo desconocido"?

Hay quienes admiten la reencarnación, tanto la del Juicio Final cuanto la transitoria de renacer en astros distintos para experiencias progresivas en procura de perfección espiritual. Mas no es ésta la inquietud que intensamente preocupa, sino la pérdida del ser, definitiva a la concepción materialista, más angustiosa que el momento de desencarnar al espiritualista; los críticos instantes por los que clamó el filósofo: "No me importa la muerte, lo que temo es el trance de morir".

El connubio de espíritu y materia ha de producir conmociones profundas e intensas. La sujeción y desligadura a las leyes del orden objetivo son un forzamiento del estado de libertad para el comienzo de la necesidad, el mundo de las sensaciones, extraño a la exquisita sensibilidad del espíritu.

Nacer, crear, amar, morir son acontecimientos en los que no se sabe cuál es el antecedente y cuál el consecuente, si el placer o el dolor. En ellos hay mucho de rito natural y solemne, como si se oficiase un culto por un motivo trascendente y todavía, sagrado, sobre todo al morir, desde que intuimos el orbe prodigioso que nos espera.

Las tumbas son moradas vacías de nuestros muertos, pero testimonios del amor que los acompaña aún en sus despojos, mirados como reliquias. Ellos, sus espíritus, no están ahí; y sin embargo, por la sola virtud del sentimiento que reflejamos en las cosas inertes, llegan a cobrar una existencia que nos pertenece. Es el caso de los símbolos. De tal manera quienes están en los cementerios somos nosotros, con la animación de los recuerdos y el palpar de nuestro dolor.

Desde esa mirilla no son los héroes sino nuestros espíritus los que alientan en sus estatuas, por estremecimientos de admiración y gratitud. Aquellos y estos seres invocados acudirán invisible pero no insensibles al llamamiento de nuestra intimidad más vívida.

El culto de la muerte es, en suma, un modo de la vida. Nadie rinde sincero homenaje sino a los poderes y atributos que se poseen desde la raíz vital, pues comprender es declarar la semejanza con lo comprendido. Hasta lo que adoramos en los templos es lo sagrado del principio creador que alienta en nuestra imagen y semejanza. Y la mejor prueba de ese origen es nuestra aptitud creadora. Sobre cuantas ceremonias cambiantes y pasajeras presiden las honras a la divinidad y a la muerte, permanece constante nuestro íntimo rostro esencial, hijos de la grandeza que veneramos y frutos del amor a su amor, el supremo entre los vencedores de la muerte.

Gloriosa esperanza e inmensa perspectiva surgen de las palabras de William James: "La persona, el ser consciente, es continua con un ser propio más amplio. Nuestros últimos límites se introducen e insertan en otra dimensión de la existencia distinta del mundo percibido y meramente comprensible" —lo que nos confirma que lo más activo y noble de nuestro ser está fuera de cualquier acabamiento y por ende de lo que llamamos la muerte.

No significa ello que sea preciso morir para gozar los bienes de esa sublime libertad, porque se halla vertical en nosotros la escala de los valores espirituales cuyos peldaños nos elevan hasta unírnos a la divinidad, alejándonos progresivamente de la materia cambiante, el tiempo relativo y la idea de la muerte. Tales son la ciencia pura, que nos insufla las verdades matemáticas y nos permite interpretar leyes y formas del orden creador y sustentante del Universo; la filosofía, que nos remonta de los efectos a las causas, en promesas de alcanzar las fuentes del ser para el hacer de todo; el arte, al que basta una película de materia para reflejar la forma, el color o el sonido que hagan sensoria la emisión de la belleza; la poesía, la palabra, el verbo, que patentizan los efluvios del sentimiento, desde el sutil al patético; el puro amor, lazo supremo a la unidad de las personas, y cuyas metas progresivas son la familia, la sociedad, los pueblos y al cabo, la humanidad; y en el ápice la elación mística, por la que cada ser humano se infunde en la Causa Primera, el abrazo con el principio creador, que cierra, así fuese en un punto e instante gloriosos, la eternidad y el infinito.

Vivir sobre esa escala equivale a sobrevolar la muerte.

Edgardo Ubaldo GENTA

(Especial para EL DIA)



Emilia Pardo Bazán

INTERNARSE en la vida y en la obra de doña Emilia Pardo Bazán depara el enfrentamiento a una figura singularísima. La fuerza de su talento, la fecundidad de su dinamismo y la valentía de sus postulados constituye, aisladamente y en conjunto, un espectáculo rico en sugerencias. Es ella otra "fémica inquieta y andariega, desobediente y contumaz", como la magnífica carmelita de Avila. Y, en ella, el señorío intelectual y moral de la mujer española alcanza una de sus más brillantes expresiones.

Con atributos originales, la señora Pardo Bazán integra una estirpe ilustre de santas, estadistas, guerrilleras y escritoras que dieron a la Península dimensión universal. ¿Qué duda cabe de que una nítida consanguinidad espiritual la emparenta con Isabel de Castilla, gobernante clarividente, con Teresa de Jesús, Doctora de la Iglesia, con María Pita y Agustina de Aragón, símbolos de la resistencia indómita contra el invasor extranjero, y con doña Concepción Arenal, la penalista insigne, considerada por algún crítico como la mujer más eminente de la historia de la humanidad.

Emilia Pardo Bazán llega al mundo en la Coruña allá por 1851. Hija unigénita de un hogar presidido por blasones nobiliarios y espirituales, desde pequeña impresiona por su gracia, su aguda inteligencia y su poder de comunicación. Se educa en un colegio francés de Madrid. Una avidez intelectual poco común la lleva a leer sin tregua pero con sosegado deleite, para lo cual dispone, en primer término, de la biblioteca paterna. A los diecisiete años, contrae matrimonio con José Quiroga. De esta unión, nacen tres hijos. Paga tributo al romanticismo escribiendo versos de estremecida emoción. Andando el tiempo, don Francisco Giner de los Ríos, el preclaro educador andaluz, publica, en 1881, un libro de poemas de la

futura gran novelista. Luce el título de "Jaime", nombre del primogénito, y en él la joven madre rima su ternura y su ilusión.

La inquieta Emilia se cultiva constantemente. Viaja por distintos países europeos, aprende alemán, inglés e italiano, se familiariza con los más diversos filósofos, desde Aristóteles a Schopenhauer, y desde Santo Tomás a Spencer; colabora en importantes publicaciones periódicas, tales como "La Ciencia Cristiana", "La Revista de Galicia", "El Diario de Lugo" "La España Moderna" y "Blanco y Negro".

Uno de sus primeros trabajos de aliento es el "Estudio crítico de las obras del Padre Feijoo", laureado en 1876 en el certamen promovido desde Orense. Por ese entonces, resulta galardonada con la rosa de oro por su "Oda a Feijoo". Con ambas muestras de su cultura y de su inspiración, la briosa escritora rinde homenaje al esclarecido monje benedictino, el "valiente defensor de las mujeres", como lo califica Carmen Bravo Villasante. Oportunamente, ofrece otro tributo a la memoria del sabio gallego, de cuyo afán de iluminar conciencias es una dignísima continuadora: en 1891, funda una revista de información literaria, social y política, que denomina sugestivamente "Nuevo Teatro Crítico", escrita y financiada por ella, y de hondas proyecciones a lo largo de tres años.

Aparece, en 1879, "Pascual López, autobiografía de un estudiante de Medicina", con que inicia una veintena de novelas que se cierra con "Dulce dueño". Casi en seguida, reanuda sus viajes al extranjero. En la capital de Francia, visita a Víctor Hugo, con quien discute sobre puntos de vista históricos, asistida de vigorosos argumentos y animada de serena energía.

Da a la estampa, en 1883, "La cuestión palpitante", libro compuesto por los artículos que ha publicado en "La Epoca", para divulgar el naturalismo literario francés. La actividad de la ya famosa escritora asombra a sus contemporáneos; retorna frecuentemente al exterior; en París, donde otra vez concurrió a la tertulia de los hermanos Goncourt, conoció a Zola y departió con Huysmans, diserta sobre "La España de hoy y la de ayer"; mantiene una caudalosa correspondencia epistolar; acoge en su salón de recepciones a los compatriotas y extranjeros más notables; escribe, polemiza y dicta conferencias sobre toda suerte de temas; no cesa en sus esfuerzos por superar la condición social de la mujer; cultiva todos los géneros. Su moño es una antena que capta todas las inquietudes nobles de la hora, sin que se le escape una sola.

Se comprende que la envidia de unos, la gazaría de otros y la ruindad de los más, la critiquen y la zahieran. Como ha logrado una ilustración enciclopédica y su energía realizadora no sabe de pausas ni flaquezas, se le individualiza con los epítetos de "la Madre Feijoo", "talento macho", "arriscada hembra" y "Lope con faldas". Despierta admiración y levanta resistencias; provoca polémicas y se le ataca duramente; pero ella desafía la borrasca con la firmeza de sus convicciones y el comedimiento de su señorío.

Sucesivamente, es designada Presidenta de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, Consejera de Instrucción Pública y Catedrática de Literatura de las Lenguas Neolatinas en la Universidad Central. Sesenta y seis títulos totaliza su bibliografía.

Orgullosa de la escritora y de la mujer, la Coruña, su ciudad natal, le erige, en 1916, un hermoso

monumento, obra del escultor Loren-Coullaut Valera. Descubre la estatua Carmen Quiroga, su hija menor. Pronuncia conmovedoras palabras de gratitud su hijo Jaime. Y doña Emilia, a la distancia, sólo atina a llorar. Un lustro después, en 1921, fallece en Madrid, casi septuagenaria.

La narrativa es el género en que descuella doña Emilia Pardo Bazán. Así la caracteriza uno de sus comentaristas:

"Emilia Pardo Bazán coexistió con los sumos pontífices del género. En España: con Galdós, con Pereda, con Valera, con Alarcón, con "Clarín", con Picón, con Palacio Valdés... En Europa: con Bourget, con Maupassant, con Gorki, con la Deledda, con la Lagerlöf. Y así, de sopetón, puede recalarse que la Pardo Bazán se hombría con cualquiera de ellos —Galdós aparte— y aun excede en determinados aspectos y matices a no pocos de ellos."

Con "Pascual López, autobiografía de un estudiante de Medicina", comienza la señora Pardo Bazán su fecunda labor de novelista. La acción, que se desarrolla en Santiago, gira en torno de dos personajes inefables: un profesor de Química que, empeñado en fabricar diamantes, muere en la trampa de sus experimentos, y un estudiante inescrupuloso que hace pacto con él. Interesa señalar que esta novela, cuya trama se teje alrededor de un asunto fantástico, difiere sustancialmente de las que producirá luego su autora, convertida en apasionada propagandista y discípula del naturalismo francés, que tiene en Emilio Zola a su maestro. Pero conviene agregar que ella quiere conciliar esa modalidad con el auténtico y decantado realismo español.

A propósito del naturalismo de Emilia Pardo Bazán, se expide de este modo el autorizado crítico Federico Carlos Sainz de Robles:

"Fue una mujer, y una mujer culta, rica y linajuda, quien se descaró ante una sociedad que lo permitía todo 'menos las apariencias'. Fue la Pardo Bazán quien, en letras de molde y con soberano 'sí, sé por qué', y en un estilo brioso y polémico, y batiendo la prosa más jugosa y castiza, se atrevió a definir el naturalismo, a ensalzarlo, a recomendarlo como el único remedio para sacar al género novelesco de la cursilería y amerengamiento a que lo habían llevado un romanticismo de aguachirle y una mojigatería de relumbrón."

"Sólo 'Clarín', magnánimo y comprensivo, y sincerísimo crítico, juzgó con serenidad el 'manifiesto naturalista' de doña Emilia. Sólo él vio claro que esta eximia mujer no propugnaba lo más repugnante de dicho naturalismo galo —las imágenes de cosas viles y feas, la imitación morosa de lo que repugna a los sentidos delicados, una morbosa afirmación del positivismo o del pesimismo, un conjunto de recetas para escribir novelas— sino que encarecía lo más noble de él: la objetividad narrativa, la descripción minuciosa, el estudio de las pasiones grandes, la fuerza terrible de lo rigurosamente humano."

Después de "Pascual López", ve la luz pública "Un viaje de novios", su primera novela de índole naturalista. A ésta, sucede "La tribuna", que alguien saluda como a la primera novela española de tendencia social. En ella, la protagonista, Amparo, una castiza cigarrera, se transforma en abanderada del proletariado. Desde el prólogo, doña Emilia advierte:

"Si bien 'La Tribuna' es en el fondo un estudio de costumbres locales, el andar entretijados en su trama sucesos políticos tan recientes como la Revolución de septiembre de 1868 me impulsó a situar la acción en lugares que pertenecen a aquella geografía moral de que habla el autor de las 'Escenas montañesas', y que todo novelista, chico o grande, tiene el indiscutible derecho de forjarse para su uso particular."

"...no necesité agrupar sucesos, ni violentar sus consecuencias, ni desviarme de la realidad concreta y positiva para tropezar con pruebas de que es absurdo el que un pueblo cifre sus esperanzas de redención y ventura en formas de gobierno que desconoce y a las cuales por lo mismo atribuye prodigiosas virtudes y maravillosos efectos. Como la raza latina practica mucho este género de culto fetichista e idolátrico, opino que si escritores de más talento que yo lo combatiesen presentarían señalado servicio a la patria."

Leamos un breve fragmento de "La Tribuna", en el que vibra la salud moral de Amparo, cárdeno retoño de la rebeldía naciente:

**Fue una mujer,
y una mujer culta,
rica y linajuda,
quien se descaró
ante una sociedad que
lo permitía todo
"menos las apariencias"**

Carlos Sainz de Robles

"Tenía Amparo por cosa cierta que se acercaba la hora de señalarse con algún hecho digno de memoria; ansiaba, sin declarárselo a sí misma, emplear las fuerzas de abnegación y sacrificio que existen latentes en el alma de la mujer del pueblo. ¡Sacrificarse por cualquiera de aquellos hombres, venidos de Cantabria a vaticinar la redención; inmolarse por el más viejo, por el más feo, prestándole algún extraordinario y capital servicio! Llamar a su puerta a las altas horas de la noche; decirle con voz entrecortada que 'ahí viene la Policía' y que se oculte; acompañarle por recónditas callejuelas a un escondrijo seguro; meterle en la mano unos cuantos pesos ahorrados a fuerza de liar pitillos; recibir, en cambio, un haz de proclamas para repartir al día siguiente, con la advertencia de que 'si se las cogen puede contarse ánima del Purgatorio'; distribuir las con sigilo y celo, y por recompensas de tantas fatigas, de riesgos semejantes, ganar un expresivo aprestón de manos, una mirada de gratitud del proscrito... Si el heroísmo es cuestión de temperatura moral, Amparo que se hallaba a cien grados, tal vez se dejara fusilar por 'la causa' sin decir esta boca es mía, y quién sabe si andando los tiempos no figuraría su retrato al lado de Mariana Pineda en los cuadros que representan a los mártires de la Libertad..."

Presenciamos ahora una escena típicamente naturalista de la misma novela:

"Aquí se escuchaba el rasgueo de guitarras y bandurrias; más allá retumbaba el bombo, y la gaita exhalaba su aguda y penetrante queja. Un ciego daba vueltas a una 'zanfona' que sonaba como el obstinado zumbido del moscardón, y al mismo tiempo vendía romances de guapezas y crímenes. A pocos pasos de la gente que comía, mendigos asquerosos imploraban la caridad: un elefanciaco enseñaba su rostro bulboso; un herpético descubría el cráneo pelado y lleno de pústulas; éste tendía una mano seca; aquél señalaba un muslo ulcerado, invocando a Santa Margarita para que nos libre de 'males extraños'. En un carretoncillo, un fenómeno sin piernas, sin brazos, con enorme cabezón envuelto en trapos viejos, y gafas verdes, exhalaba un grito ronco y suplicante, mientras una mocetona, en pie al lado del vehículo, recogía las limosnas. En el aire flotaban los effluvijs de dos toneles de vino que ya iban quedando exangües, y el vaho del estofado, y el olor de las viandas frías. Oíanse canciones entonadas con voz vinosa, y llantos de niños, de los cuales nadie se cuidaba."

Entre otras novelas de doña Emilia Pardo Bazán que mejor definen su ingenio creador, han de citarse las que siguen: "El cisne de Vilamorta", que presenta dos ámbitos de acción: el romanticismo y el naturalismo; "Los pazos de Ulloa", estimada por algunos como su obra mayor, y de la cual se ha dicho que "es la novela de la tierra gallega; de su señoritismo rancio; de su caciquismo impresionante; de su ancestralismo; de su paisaje sin par; de sus costumbres arraigadas; de sus minucias más características"; "La Madre Naturaleza", continuación de "Los pazos de Ulloa", "Una cristiana", "La prueba", "La piedra angular", "La quimera" y "La sirena negra".

Aborda también la señora Pardo Bazán el cuento. Y a fe que con él brinda las más acabadas muestras de su quehacer narrativo. Escribe centenares de cuentos que enfocan, prácticamente, todas las épocas históricas y todas las condiciones sociales. Una verdadera legión de criaturas, movidas por virtudes, defectos, pasiones y urgencias, puebla las páginas de "Cuentos

de Marinada", "Cuentos de amor", "Cuentos trágicos", "Cuentos religiosos" y "Cuentos de la tierra", cinco de sus colecciones. Desfilan así santos, artistas, sabios, mártires, magos, brujos, aparecidos, reyes, príncipes, guerreros, frailes, aventureros, gitanos, mendigos, impostores, pícaros, tahúres, hidalgos, destripaterrones, damas de pro, comadres picoterías, hombres buenos como el pan y niños plácidos como ángeles o inquietos como ardillas.

Como en la novela, Emilia Pardo Bazán atrae, en el cuento, por la agilidad del relato, el interés indeclinable de las peripecias y lo que se ha dado en llamar "su lección de idioma". El rotulado "Un poco de ciencia" pone de manifiesto, por enésima vez, su lenguaje opulento y su gracejo de narradora. He aquí un trozo definidor:

"Solía yo reunirme con aquel sabio en mis paseos por los alrededores del pueblecillo donde mi madre —cansada de mis travesuras de estudiante desaplicado— me obligaba a residir. El sabio lo era, casi, casi, exclusivamente en epigrafía romana. Famoso y ensalzado en su provincia, le conocían muchos académicos de Madrid y algunos alemanes. Había publicado o, al menos, impreso, un folleto sobre "Dos lápidas encontradas en el Pico Medelo", y otro sobre "Un sarcófago que se halló en las cercanías de Augustóbriga", folletos que aumentaron la consideración respetuosa y enteramente fiduciaria que rodeaba su nombre. Porque, en cuanto a leer los folletos, se cree que sólo lo harían los cajistas, que no pudieron humanamente evitarlo."

"He notado después que casi siempre tienen aureola de sabios los que se dedican a una especialidad, y mejor cuanto más restringida. Esto es achaque de la Edad moderna. Bajo el Renacimiento, el sabio es todo lo contrario: el 'varón de muchas almas', la enciclopedia encuadrada en humana piel. Actualmente, para obtener diploma de sabio es menester encerrarse en una casilla, en la más estrecha. Con aprenderse la papeleta correspondiente a esta casilla, se está dispensado hasta de saber el nombre de las casillas restantes. El que es sabio en monedas árabes, v. gr., puede, sin mengua de su sabiduría, ignorar si hubo moneda en los demás países del mundo."

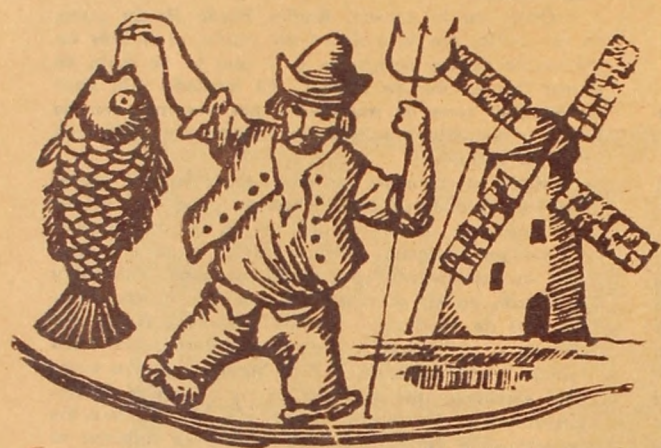
"Y, siendo ello verdad, es preciso añadir que mi sabio, don Matías Caldereta, aparte de su ciencia epigráfica, era hombre de agradable trato, más ligero de sangre de lo que suelen ser sus congéneres, y con una nota de dulce escepticismo en lo que respecta a la infalibilidad de los demás especialistas en los varios géneros y subgéneros en que la Ciencia se divide, como tarta cortadita en trozos. Contaba anécdotas chuscas, errores de doctos y consuelo de ignorantes. Recuerdo ahora una, que nos hizo reír una tarde entera bajo una parra, cuyas uvas empezaban a pintar, al corde de una charca en que las ranas, verdes y confanzudas, nos miraban un punto con sus ojos saltones, chapuzándose en seguida entre cañas y espadañuelas."

"Caldereta reía más, halagado en su amor propio de sabio transconejado y oscuro por la idea de que también estas eminencias de extranjos, trompeteadas y célebres, se equivocan como cada hijo de vecino, como puede equivocarse la notabilidad de campanario que vegeta en el rincón silencioso de un pueblo, igual que las ranas en su palude, croando a la luna."

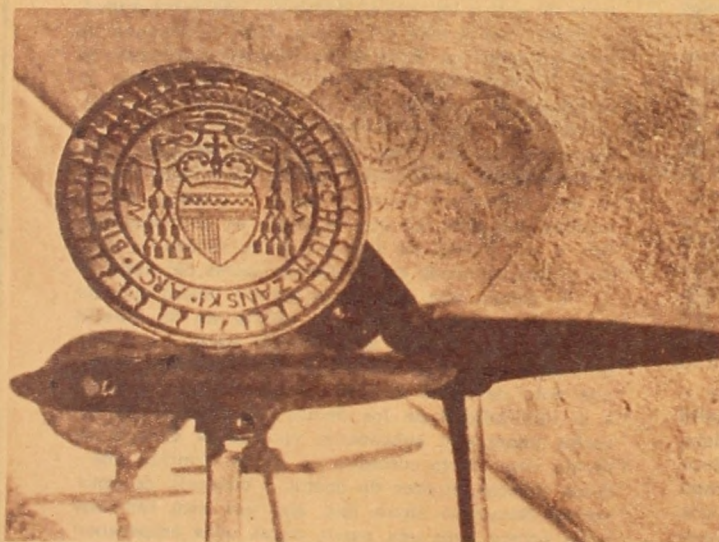
Dos circunstancias excepcionales signan las realizaciones de doña Emilia Pardo Bazán: la diversidad y la excelencia. Sólo un talento y un carácter como los suyos son capaces de acometer tantas y tan disímiles actividades. Sorprende y causa admiración la universalidad de su espíritu. La misma pluma que urde relatos cautivantes y aboga por la renovación social y política de su pueblo, glosa, en un libro señero, el misticismo fermental de San Francisco de Asís o reflexiona, en un ensayo medular, sobre "la revolución y la novela en Rusia". El mismo corazón que llora el drama de una España, agobiada de problemas se yergue al despuntar de cada día aleccionando a los cobardes y a los débiles con el ejemplo de su esperanza en las seguras posibilidades del alma nacional.

Immune a las corrosiones del tiempo y a las injurias de la crítica, el predicamento de doña Emilia Pardo Bazán en la historia de la cultura española se levanta sobre un magisterio múltiple: el de su arte, el de su sabiduría, el de su reciedumbre moral y el de la destreza eximia con que manejó el idioma.

Adolfo RODRIGUEZ MALLARINI
(Especial para EL DIA)



Moldes para cocer barquillos gigantes. (siglo XVII)



En las huellas de Lucullus y Gargantúa

DIJO Sancho: "Lo que el maestra sala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son, mejor huelen y en ellas pueden embaular y encerrar todo lo que él quisiera, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algún día..." (Don Quijote, Segunda parte, Capítulo XLIX).

Parece poco probable que algo "podrido" huela bien y que pueda considerarse un manjar succulento, como manifiesta Sancho. La palabra "podrida" en relación de este plato dio lugar a serias investigaciones lingüísticas en la que participaron grandes conocedores del idioma.

Covarrubias opina que "pudo decirse *podrida*", en cuanto se cuece muy despacio, que casi lo que tiene adentro viene a deshacerse". El médico romano Andrea Bacio dice en su obra "De natura vinorum" —también comentada por Covarrubias—, que olla *podrida* es lo mismo que "poderida"... porque es poderosa. Señalando así a la olla que se regalaban los poderosos y que tenía un gran poder alimenticio. No han podido saborearla los desposeídos del pueblo que tenían que conformarse con un potaje flaco e insustancial. Tal vez, para burlarse de los poderosos, han llamado irónicamente "podrida" la olla que, en la mesa de los ricos no era sino uno de los muchos platos servidos en los almuerzos interminables y cenas sin fin. ¿No será simplemente la traducción literal del francés "bot pourri"?

No nos vamos a enfrascar en resolver problemas lingüísticos. Nuestro propósito es retroceder unos siglos en la historia y hojear las páginas amarillentas de un cuaderno. El autor anónimo nos revela los secretos de la cocina de su época; además nos proporciona datos e informaciones sobre las opulentas comidas servidas

Una contribución a la historia del buen comer

... para preparar un buen café. La cacerolita del medio es para tostar
... vasija de bronce de la derecha es el tradicional aparato para preparar
... surca; la de la izquierda sirvió para el café hervido. Los tres son de
... según los expertos, tienen por lo menos 300 años.

en los palacios y castillos de los potentados de su
tiempo.

Comer y beber; pasar horas enteras ante una mesa
repleta de manjares, pertenecía a los placeres más
importantes en la vida de los poderosos de siglos
atrás. La mayor parte del día estaba dedicada a gozar
de las delicias de la mesa tendida. En estos torneos
diarios de comer, platos dignos de un banquete de
Lucullus han sido engullidos en cantidades panta-
gruélicas.

... Apenas despuntaba el día, la servidumbre de
los palacios encargada de la complicada tarea de la
cocina, ocupaba ya su puesto de trabajo. En uno de
los patios reservados para esta finalidad, los carniceros
empezaban la matanza de vacas, cerdos, corderos, aves,
conejos, de acuerdo con las órdenes recibidas del jefe
de los cocineros. Mientras tanto, en la cocina, se avi-
vaba el fuego, se preparaban las ollas, se colgaban
grandes calderas en los ganchos del fogón para hervir
agua; los ayudantes y pinches picaban cebolla, verdu-
ras, tocino y, el encargado de la despensa entregaba,
midiéndolas cuidadosamente, las especias, más caras
que el oro. Todas necesarias para la preparación de las
viandas a servir a los veinte o treinta comensales, fa-
miliares del amo y sus invitados que se sentarán en
la gigantesca mesa del comedor.

La habilidad y la inventiva de los cocineros fue-
ron puestos a prueba permanente. No solamente por
la cantidad que debía preparar de cada plato, sino
también por el número y variedad de los mismos. Los
señores exigían por lo menos una docena a mediodía
y otros tantos de noche para la cena.

No faltan a este respecto los testimonios históri-
cos. En el archivo de una familia aristocrática europea
se encontró un apunte en latín del año 1603 con la
lista de los diversos platos — "Consignatio ciborum" —
servidos en un almuerzo en el mismo orden en que
los enumeramos a continuación, nada menos que 18,
y son:

1) Carne de vaca hervida con rábano silvestre
rallado. 2) Gallo capón con tallarines. 3) Sopa con pan
y chorizos. 4) Pescado salado. 5) Cola de castor her-
vida en jugo de frutas. 6) Gallina de las Indias, asada.
7) Achuras de ternera cocidas en leche. 8) Pulmón de
cordero con pimienta. 9) Corderito con "lemonia" (li-
món). 10) Carne de vaca guisada con pimienta. 11)
Ternera mechada y asada. 12) Chucrut con carne de
vaca. 13) Ganso asado. 14) Pajaritos menudos con
cerdo asado. 15) Paté de carne. 16) Faisán asado.
17) Barquillos rellenos. 18) Pastelitos.

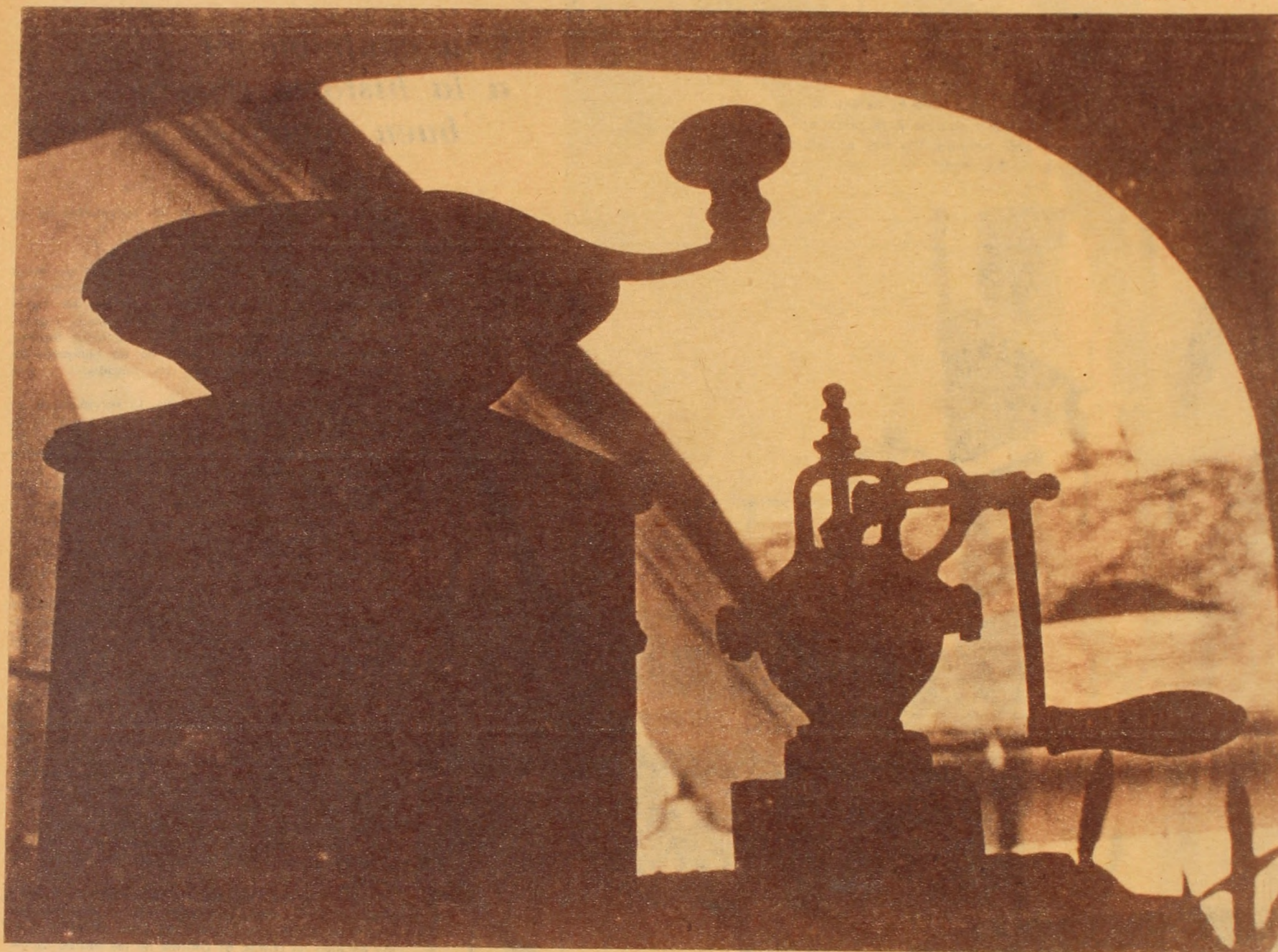
La cena, un par de horas después, — según la
misma crónica —, consistió en "18 platos principales"
seguidos por buñuelos con mermelada, barquillos con
dulce de ciruelas y, — tras los postres — liebre en
salsa negra. Ningún plato servido a mediodía pudo
aparecer en la "consignatio" de la cena. Los sobrantes
fueron entregados a la servidumbre o arrojados a los
perros al levantar la mesa.

En verano no era posible conservar una comida
más allá de unas horas. Se echaba a perder. Los coci-
neros utilizaban condimentos fuertes y picantes en
cantidades hoy consideradas exageradas precisamente
para suprimir el tufo de la carne no siempre fresca.
Naturalmente, la sed provocada por los picantes, debía
ser mitigada con vino que, en raudales corría en las
comidas.

Por más resistencia que hayan demostrado los ca-
balleros de esa época, llegó el momento en que su
estómago se rebeló por tanto abuso. Remedios no fal-
taban para curarlo. La misma crónica familiar a que
hemos hecho referencia, contiene la receta de una sopa
y de una "mescolanza" capaces de restablecer el poder
digestivo del estómago más renuente.

La primera se llama "Caldo de Mendigos", deno-
minación curiosa, teniendo en cuenta el alto costo de
sus ingredientes en aquella época. Se preparó hirviendo
en vino mucha cebolla, pasas de uva, nuez moscada,
anís y gengibre. Después de hervir durante un
tiempo, y colar el líquido, se le agregó una buena
porción de miel y se calentó nuevamente.





Naturalmente, esta poción no mató el hambre de una persona acostumbrada a englutir una pierna de cordero entera después de haber probado previamente tres o cuatro succulentos platos. Para alimentar enfermos sometidos a la cura de la sopa de mendigos, se recomendaba "Confusium, una mezclanza" que podríamos considerar como un caldo condensado. El modo de preparar este alimento fortificante, según la crónica, es el siguiente:

—Hervir un buen trozo de carne de vaca en suficiente agua como para cubrirla. Después de dos horas de cocción, eliminar la carne y, en el mismo caldo, hervir un gallo capón entero. Cuando la carne del gallo empieza a desprenderse de los huesos, sacarlo y guardar el caldo. En un mortero triturar el gallo entero, carne y huesos juntos. Cuando todo se haya transformado en pulpa, mezclarla nuevamente con el caldo, luego colarlo. Agregar canela en rama y seguir hirviendo hasta reducirlo a la consistencia de una pomada. Untar rebanadas de pan con ésta y servir las al enfermo.

El caballero de aquellos tiempos, una vez curado el estómago con estas medicinas culinarias, corrió serio riesgo de una recaída si no pudo resistir al olor apetitoso de un plato considerado antepasado de todas las comidas basadas en el chucrut, tan popular en todo el mundo. La descripción, que no lleva título, reza así:

—Forrar el interior de una olla de barro muy grande con el cuero de lonjas de tocino ahumado. Poner en el fondo una camada de chucrut. Cubrirlo con tiras de tocino. Seguir con otra camada de chucrut, un gallo capón mechado, nuevamente chucrut, un ganso asado, luego, alternando, costillas de cerdo y chucrut. Terminar con este último. Tapar la superficie con cueritos y poner en el horno por espacio de cinco a seis horas.



Entre los curiosos platos contenidos en el cuaderno a que nos referimos en esta nota, encontramos las instrucciones de cómo preparar un "gallo capón con frutas". En los países de Europa central es costumbre aún hoy acompañar al pollo asado con compota de manzanas. Esta combinación de asado y frutas tiene su origen en el plato cuya receta nos dejó el autor de la crónica culinaria del siglo XVI y que reza así:

"Salar un gallo capón gordo y freirlo hasta que adquiera un lindo color marrón claro. Cuidar en no secarlo.

"Mientras tanto preparar la salsa. Poner en una vasija vino en cantidad que parezca conveniente según el tamaño del gallo. Añadir tiritas de pan seco y agua caliente; darle un hervor. Luego colar el líquido que ya a esta altura debe ser bastante espeso, agregar manzanas cortadas en rodajas, pasas de uva y almendras. Hervir nuevamente, luego añadir una buena cantidad de miel, azafrán, pimienta y canela. Volver a hervir lentamente hasta obtener una salsa espesa".

Moldes antiguos utilizados por panaderos y "maestros de dulcería" para barquillos.



—Cuando llegue el momento, haga preparar unos clavos fuertes. Ponga el buey al asador, envuelva las astas y las pezuñas en trapos mojados para que no se quemen. Si, durante el tiempo que dure el asarlo se secan los trapos, tenga cuidado de volverlos a remojar. En cuanto a los clavos, debe emplearlos de manera que sujeten al palo el espinazo desde la cabeza a la cola para que el animal gire cuando se le dé vuelta con las manivelas. Sería bueno fijar con clavos las paletas también.

—Una vez que el buey esté ensartado en el palo-asador, hay que salarlo de todos lados. Haga cortar entonces, horquetas, redondeando con cuchillo la parte en que se cruzan para que el palo gire con mayor facilidad. Ponga el palo con el buey sobre las horquetas y coloque las manivelas. Prepare el fuego de los dos lados y haga derretir un poco de grasa. En una marmita de buena capacidad haga hervir abundante agua con sal. Vierta en ésta la grasa. Con esta mezcla de sal y grasa remoje el buey cada vez que sea necesario. Tenga mucho cuidado en no pretender asarlo rápidamente; debe permanecer por lo menos de tres a cuatro horas sobre el fuego para que se ase convenientemente. Cuando esté listo, pronto para servir, cóloquelo en una mesa grande. De ambos lados del buey asado habrá que poner grandes panes que absorberán los jugos. Ponga también dos toneles de vino, vasos y varias vasijas de madera para el caso que algunos vasos se rompieran. No olvide hundir unos grandes cuchillos en los costados del buey asado.

—Si quiere adornar el buey, puede dorar las pezuñas y astas y colocar en medio de éstas el escudo del homenajeado.

—Tratándose de una fiesta excepcional, conviene poner dentro del buey un cordero, dentro del cordero un ternero mamón y, dentro de éste, un gallo capón bien gordo. La mejor manera de cerciorarse si el buey está suficientemente asado, consiste en retirar el gallo. Si éste está cocido, el buey también estará listo para iniciar el banquete.

Estas instrucciones en poco o nada difieren de los métodos actuales de preparar un suciento asado, como no existe diferencia alguna entre el método medieval de preparar un buen chucrut y el de hoy, excepto en la proporción en que algunos ingredientes entran en la preparación y otros, aquí poco usados o desacostumbrados, se eliminan.

La así llamada cultura culinaria, — pues existe también — que merecería un estudio a fondo, tuvo su origen en las pantagruélicas comidas en los castillos de los poderosos. Los humildes y desposeídos, las grandes masas, apenas estaban en condiciones de mitigar el hambre, — su eterno e inseparable compañero a través de toda su vida —, con sobras y mendrugos.

No en vano dijo Sancho: "...no os curéis de darme a comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar a mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado a cabra, a vaca, a tocino, a cecina, a nabos y a cebollas y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco".

Tomás PECHI

(Especial para EL DIA)

(Todos los derechos reservados)



Un mortero medieval y un molde del principio del siglo pasado.

En ocasión de grandes fiestas, acontecimientos familiares, como casamientos o bautismos, cuando el número de los invitados ascendió a centenares, las salas más grandes del castillo resultaban insuficientes para dar cabida a tantos comensales. Tampoco hubiera podido dar abasto la servidumbre asignada a los quehaceres culinarios. En estos casos los anfitriones han recurrido a la única posibilidad de agasajar a todos: asar bueyes enteros. Los apuntes conservan una detallada descripción: instrucciones completas de cómo preparar el asador, cómo ensartar el buey y cómo asarlo. La traducción fiel del texto es la siguiente:

—Si quiere asar un buey entero, corte una gruesa rama fresca, apropiada para soportar el peso del buey. Con una hacha rebajarla de modo que quede un palo fuerte. Los extremos deben ser cortados en punta para colocar allí manivelas. No olvidar que este asador debe tener dos manivelas como la piedra de afilar.

—A los que matan al buey debe recomendarles muy especialmente, que no deben abatirlo con un golpe a la cabeza, sino degollarlo como se hace con los corderos. También dígame al carnicero que no le corte ni los cuernos, ni las pezuñas y que abra el vientre apenas lo necesario como para sacar las achuras: los intestinos, los pulmones, el hígado y la vejiga. Ordénele que deje en el interior los riñones y que haga todo este trabajo con la mayor limpieza.

mirador

Trinidad con ángeles

BUCAREST. — Rumania es Rumania y sus monasterios. Tres millones de turistas llegaron el año pasado, y contados serían los que no entrarán a una iglesia a ver iconos o no fueran a Moldavia a los monasterios. En Moldavia, el monasterio explica la historia y el espíritu rumanos. Un monasterio es una fortaleza. El vasto cuadrilátero que sirve de marco a la pequeña iglesia de colores que está en el centro, es una muralla, con sus torres de defensa para los cañones, galerías para la guardia militar y ventanitas para arcabuces y fusiles. El príncipe dedicaba la iglesia a Dios y, de paso, montaba las defensas para enviar al otro mundo a turcos, eslavos, húngaros o enemigos locales. Quedaba bien con este mundo y con el otro. Estaban el Grande tuvo unas cuarenta victorias, y para celebrar cada una fundó un monasterio... con cañones. Hoy pueden visitarse muchos de los cuarenta monasterios y ver en cada uno, al centro, como un huevo de Pascua, la iglesia pintada con las mil historias de la historia sagrada. Pero no hay que ver sólo por fuera estos monumentos únicos del arte universal.

Se entra a la iglesia, y hasta donde el humo de las velas no ha oscurecido mil imágenes que no dejan sin escena pintada un palmo de las paredes, todo semeja un cofre de estampas de colores, el más prodigioso que pueda nadie imaginar. Son las escenas que lleva por dentro el pueblo rumano. A lo largo de cuatro siglos no ha dejado de hojear un solo día esta biblia iluminada en el claustro de su alma peregrina. La luz que llega a la razón del campesino se quiebra como un arco iris y le llena de gracia. Cuando digo miles de imágenes, no exagero. La iglesia es en las paredes del interior una colcha de retazos mágicos. La iglesia tiene tres cuerpos: el prona, la sala de los muertos y la nao donde está el iconostat, tras el cual el sacerdote celebra la parte más misteriosa de la misa. En sólo el prona suele pintarse todo el calendario, es decir, trescientas sesenta y cinco imágenes con las vidas del santo del día. Para hacer un experimento práctico, busqué en Voronezh el 6 de diciembre, y ahí estaba San Nicolás —el santo de ese día— haciendo un milagro. Un San Nicolás tan lindo como sacado de un ex voto encantado.

Entre las bellezas de estas caudalosas colecciones de iconos una de las que siempre hay que ver con la atención que impone un toque de gracia es la Trinidad. La Trinidad en estas iglesias ortodoxas no es la del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo del culto católico, sino la Trinidad presentida en los primeros libros del viejo Testamento: Abraham ha invitado a sentarse a su mesa a tres ángeles, que aparecen compartiendo la divina hospitalidad. Los dueños de casa —Abraham y Sara— aparecen atendiendo los asuntos domésticos. El pintor no se complicó la vida tratando de darle forma al gongorino misterio con el Padre de respetables barbas en las nubes, la paloma resplandeciente en el aire y abajo el Crucificado. Le bastó presentar en íntimo banquete a los tres invitados con sus alas de plumas irisadas, los rostros de bellos ángeles morenos y las seis manos animando el diálogo de la pequeña mesa redonda. El anuncio que cada cual lleve en la mente apenas si roza sus frentes con el misterio que complicara la historia en el Nuevo Testamento.

Por el hilo de esta Trinidad, el curioso visitante se encamina a las moradas de la religión ortodoxa cuyo primer capítulo parece estar en el viaje de tres Reyes salidos del Oriente mágico para adorar a un Dios Niño, recién nacido. Los guiaba una estrella... Otra trinidad simbólica. — (ALA).

Germán ARCINIEGAS

(Exclusivo para EL DIA)



ROBERTO DANIEL GONZALEZ DEL BLANCO. — "Un jueves en Compostela". Oleo lienzo. 2.00 m. de alto por 2.32 m. de ancho. Figuras de tamaño natural. La escena representa un mercado con un grupo de aldeanos frente a una tienda, destacándose una joven tomada del brazo de un hombre de cierta edad. Aquella parece intentar detenerse ante el mostrador de un comercio, en tanto que el hombre se resiste al deseo de su acompañante. Otras figuras en segundo plano completan la escena. Colección Museo Nacional de Artes Plásticas.

Ocupa mi atención ahora, Roberto Daniel González del Blanco que nació en León el 11 de diciembre de 1887.

Visitó Montevideo, realizando una exposición de sus obras en 1929 y por segunda vez en julio de 1955.

Su ficha biográfica consigna que radicado en Galicia con sus familiares, desde la edad de dos años, estudió en Santiago de Compostela, sus cursos primarios y también música y pintura. Fue su maestro de dibujo Angel Bar, y más tarde Eugenio Villar. Cultivó al mismo tiempo la escultura en el taller de un profesor de apellido Magariños.

Los pintores del Museo Nacional de Artes Plásticas

Roberto Daniel González del Blanco

Paris (1908). Concurrió por algún tiempo al estudio del pintor José Fenollera, y al del escultor Núñez, — profesor y director, respectivamente, de la Escuela de Artes y Oficios de Santiago— produciendo en esa época un cuadro de tema de pesca en la Ría de Arosa, con el que obtiene un Diploma de Cooperación con Medalla de Oro, en la Exposición Regional Gallega de Santiago (1909). Poco después es distinguido con las pensiones de las Diputaciones Provinciales de León y La Coruña. De 1909 a 1911 obtuvo diversos premios de concursos regionales y una 3ª Medalla en la Exposición de Arte Decorativo de Madrid. En 1912 le conceden un Segundo Premio en el Concurso del Círculo de Bellas Artes de Madrid, ciudad que deja en el citado año, para regresar a Santiago, donde termina su carrera de Médico, en 1913, cuyos estudios continuó mientras manejaba los pinceles.

Viajó luego por Europa y Oriente, en pos del arte. Le encontramos de nuevo en Santiago en 1915, concurriendo desde allí a la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, donde González del Blanco estuvo representado con los óleos titulados "Familia" y "Fuerza domada a Belleza", alcanzando con esta última obra, una Tercera Medalla.

A título informativo diré que en la Sala Internacional de esa Exposición, el Uruguay estuvo representado con dos obras de Ernesto Laroche tituladas "Parvas de Enero", hoy Museo Nacional de Artes Plásticas de nuestro país, y "Paisaje crepuscular" que merecieron para Silvio Lago la siguiente apreciación sobre el artista: "Es un admirable paisajista. Que lo que resalta y se acusa vigorosamente en él es una sensibilidad educadísima y un sentido decorativo extraordinario. Ni una sola de sus notas carecen del doble interés de la concepción y de la ejecución. A veces Laroche elige un estado de alma para transmitirlo a un estado de naturaleza; a veces sólo pareció preocuparle un bello acorde o un armónico recorte para después, al interpretarlo con ese trivial propósito irlo impregnando de emoción sin darse cuenta quizás". (José Francés, Silvio Lago, "El año artístico", Madrid, 1915).

Minucioso sería seguir la labor de González del Blanco, razón por la cual concretaremos algunas referencias desde 1916; anotamos así su estada en Tanager, Constantinopla, La Habana y Nueva York y en 1924 al regresar a Santiago de Compostela es designado Auxiliar de la clase de Dibujo Artístico de la Escuela de Artes y Oficios, pasando después en 1927, a Cádiz, donde había obtenido por concurso de oposición el cargo de Profesor de Anatomía Plástica de la Escuela de Artes y Oficios; fue Académico de Número de la de Bellas Artes en la nombrada ciudad. Secretario de la Sección de Bellas Artes del Ateneo de Cádiz y culminó su actuación en Santiago de Compostela como Director de la Escuela de Artes y Oficios de esa ciudad.

La representación de Roberto González del Blanco en el Museo Nacional de Bellas Artes de Montevideo, Uruguay, la constituye, y me remito nuevamente a los apuntes de Ernesto Laroche, — un óleo de gran formato titulado "Un jueves en Compostela", que reproduce elocuentemente el ambiente típico en el que actúa un grupo de aldeanos junto a una tienda, viéndose a una joven, que va del brazo de un hombre de cierta edad, intentar detenerse ante el mostrador de un comercio, en tanto que aquél parece resistirse al deseo de su acompañante. Otra joven que también va del brazo del aludido aldeano muestra a sus amigas campesinas su sayo. Hay otras concurrentes en segundo término que contemplan la escena. Las figuras son de tamaño natural (la tela mide de alto 2.00 y de ancho 2.30, fdo. abajo izquierda. Adquirido en 1929).

Conservamos desde nuestra ya lejana juventud la impresión que nos producía ese cuadro por lo acabado de la composición, la naturalidad de las figuras, la expresión de los principales protagonistas de la escena, la fidelidad de la reproducción de las vestimentas típicas, el fondo decorativo de la composición pictórica, el brillante cromatismo de una paleta rica, ágil y audaz, la perfección del dibujo, que hacen en esta obra una conjunción de valores de extraordinaria categoría.

Y este criterio lo mantuvimos en el correr de los años. No teníamos cuando conocimos la obra, ni profundos conocimientos de arte, ni habíamos tenido la oportunidad de observar obras de otros artistas españoles de la tendencia que caracteriza a esta obra, y por cierto, otros elementos de juicio que logramos llegar a poseer en el correr de largos años del culto de una vocación alentada en el hogar paterno.

Vimos después obras que nos permitieron hacer juicios comparativos que redundaron siempre en beneficio de la obra de Roberto Daniel González del Blanco. Recordamos las figuras campesinas de Adolfo Covarsi, cálidas de color con un dibujo insinuado

y logrando bellos efectos con técnicas de empaste moderno. Nos sorprendieron los sesgos modernistas de los modelos sevillanos de José María López Mezquita y asimismo, los de la obra de Francisco Llorens, éstos, con los destellos de la influencia luminosa de Sorolla tan fácil de entrever en la obra de sus discípulos y seguidores. Pero tal vez las figuras campesinas que más nos acercaron a la emoción que producían aquellos de González del Blanco, fueron las de José Ramón Zaragoza oriundo de aquel idílico rincón de Asturias, Cangas de Onís, que tan gratos recuerdos trae a a mi memoria.

Tal vez lo recio del dibujo, la perfección de la anatomía de las figuras de González del Blanco y después con mayores conocimientos de la pintura española, nos hicieran recordar a las del malagueño José Nogales, de esa Málaga que ha dado a la historia del arte español figuras como las de Muñoz Degraín, y Bernardo Fernández, los encauzadores de la moderna pintura malagueña y aquellos otros de justo renombre como Moreno Carbonero, Martínez de la Vega, Enrique Jaraba y Ricardo Verdugo Landi, este último a quien pocos igualan en la sutileza de los tonos, la armonía de los colores, el dominio de la perspectiva, como en los paisajes de mar de la costa malagueña presentados en el ya citado Salón Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1915.

He dejado para el final de estas citas el nombre de Alvaro Alcalá Galiano, quien junto con Federico Masriera, maestros en el estudio psicológico de los personajes notablemente logrados en "Mendigo catalán", de este artista, y "La carta del hijo" de Alcalá Galiano, porque trasuntan en los rostros de los personajes todo un mundo interior de elocuentes sutilezas. Y es allí, en ese matiz, donde talla profundo Roberto González del Blanco, seducido por los tipos campesinos, por su gracia peculiar y el hondo contenido humano que los anima.

Este cuadro, "Un jueves en Compostela", ofrece la oportunidad de observar una obra donde se hallan reunidas todas las valiosas cualidades innatas de González del Blanco.

Parece que el pintor hubiera soñado el tema y lo hubiera llevado al lienzo para vencer dificultades. No queda ninguna duda de lo arduo que ha sido armonizar los tonos, estudiar las expresiones, recoger con fidelidad, no exenta de algún sesgo de fantasía, el clima de la escena y el cuadro surge fresco, vigoroso, natural, espontáneo y parece realizado sin tropiezos. Es una obra de contenido didáctico que sugiere emociones y despierta recuerdos.

Sólo un artista de grandes condiciones puede lograr obras de esta categoría, en la que se unen las facultades críticas y las creadoras del artista.

En 1930, González del Blanco, respondiendo a una invitación que le formulara la Dirección del Museo Nacional de Bellas Artes, donó un "Autorretrato" con destino a la Galería de Autorretratos comprendida en el Plan de Reorganización del Museo Nacional de Bellas Artes.

En el "Autorretrato", el artista se representa pincel y paleta en mano, visto de tres cuartos y con la cabeza algo inclinada hacia adelante. Figura de medio cuerpo y tamaño natural (alto 0.60; ancho 0.45. Oleo lienzo. Fdo. abajo, izquierda, 1930).

En cuanto a la nueva presentación pictórica de González del Blanco en Montevideo en 1955, cabe señalar que en la Exposición que realizó entonces, agregó a los temas frecuentes en su producción, paisajes y figuras realizados dentro de un naturalismo, con estilo propio, con personalidad definida, temas de flores. Precisamente la Exposición se tituló "Flores de España", llevando al lienzo con refinado gusto, prolijidad y sutileza de gamas cromáticas y estudiada técnica, flores de la campiña española, rescatando para cada una de ellas una vivencia vegetal perdurable.

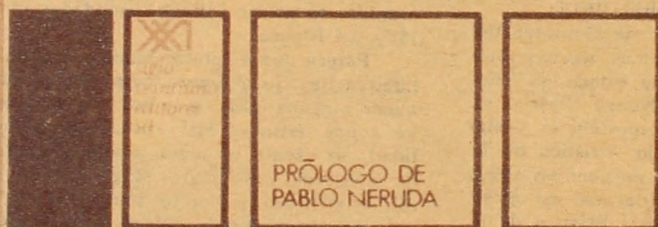
Los dibujos que presentó en esa exposición, también fueron notables, menos descriptivos, pero más libres, cargados de modernidad, revelando en la madurez del artista su evolución hacia las directivas estéticas de la hora.

W. E. LAROCHE

(Especial para EL DIA)

En 1905 pasó a Madrid después de graduarse Bachiller en Artes, y allí se matriculó en la Facultad de Ciencias Exactas, cuyos estudios abandonó en 1906, para seguir los de Medicina, continuando no obstante en su misma efición artística. Por ese tiempo concurrió a varios certámenes con éxito y es distinguido con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Higiene, Arte, Oficios y Manufacturas (1907) Medalla de Vermeil (Segundo Premio) en la Exposición Internacional de Higiene de Bruselas (1907) Medalla de Cobre en la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza (1908) y Medalla de Oro en la Exposición del Trabajo,

POEMAS escogidos sara de ibanez



POEMAS ESCOGIDOS. - De Sara de Ibanez. Ed. Siglo Veintiuno, México, España, Argentina, 1974. 175 Págs. Prólogo de Pablo Neruda.

Sometida ahora para siempre a las exégesis futuras sobre una obra lírica definitivamente clausurada, todo intento antológico que se realice sobre esta escritora consagrada en vida, constituirá una nueva aproximación a fuentes y enfoques indagatorios en torno del misterio creador, cuyas esencias últimas jamás podrán ser aprehendidas cabalmente.

Esta novísima y recién llegada escogencia poética, es quizás de las más representativas que se han publicado hasta el momento, y permite una captación más plena de la honda poetisa, con el añadido más allá de la jerarquía estética, de una edición sumamente pulcra y digna.

De "Canto" (1940); "Canto a Montevideo" (1941); "Hora ciega" (1943); "Pastoral" (1948); "Artigas" (1952); "Las estaciones y otros poemas" (1957); "La batalla" (1967); "Apocalipsis XX" (1970), y "Canto Póstumo" (1973) se han seleccionado con raro acierto, aquellos poemas definitivos que mejor asumen la dimensión espiritual trascendida, metafísica, ensimismada y profética de una mujer fina y frágil, alerta sobre su propio tránsito en cuyo "Canto póstumo" pueden hallarse desgarradores pero lúcidos testimonios de una integridad y una fortaleza interior infrecuentes.

La voz uruguaya, la voz americana cuyo despuntar advirtió Neruda adjetivándola en un prólogo que ya se ha hecho clásico, como "grande", excepcional y cruel poeta", es de aquellas que tienen como destino cierto, la supervivencia. Y antología de esta índole es vehículo poderoso para que esa voz siga viviendo y transmitiendo su canto desde la invisible orilla.

D.I.R.

El Mundo en el LIBRO



Por Wriothasley

LENGUAJE Y EDUCACION — por Otto Friedrich Bollnow. Ed. SUR, Bs. As., 1974. 207 págs. Distribuye: Editorial Sudamericana.

Dentro de la importante colección de Estudios Alemanes (ensayistas y filósofos de valor universal), presentada por SUR, subrayamos la trascendencia de este ensayo, que interesa fundamentalmente a docentes e intelectuales, pues abarca el ámbito que les es específico: el del lenguaje en su interrelación con la educación.

La problemática del lenguaje, su fundamentación filosófica; las formas de la conversación; la comprensión del mundo a través del lenguaje; los problemas pedagógicos en su vinculación con la palabra, lo que ésta significa para que el hombre se forme, madure y se realice en el medio en el cual actúa; la creación de

una realidad a través de la palabra, son temas de vastos alcances, que merecen lectura detenida y pausada meditación, en un autor con el cual se coincide por la lógica y lúcida exposición filosófica, que concluye su notable indagación resumiéndola en las palabras con que se refiere Pestalozzi al valor del lenguaje: "¿Qué es la verdad?... Para el hombre es ciertamente verdad todo aquello que debido a su naturaleza se ha visto necesitado de expresar en palabras, para sí y para su generación. De modo que si buscas verdad para tu generación, enséñale a hablar".

Un volumen, en suma, pleno de sugerencias, para leer y releer.

Lenguaje y educación

Otto Friedrich Bollnow

SUR

HISTORIA DE LA LITERATURA ALEMANA — por Werner P. Friederich. Ed. Sudamericana, Bs. As., 313 págs.

EDITORIAL SUDAMERICANA

WERNER P. FRIEDERICH

HISTORIA DE LA LITERATURA ALEMANA



Concebido como manual de introducción al conocimiento de la literatura alemana y también fuente de referencias para todo tipo de lector, este tratado sigue un desarrollo claro, disciplinado y de criteriosa síntesis, que abarca desde los orígenes del idioma alemán, hasta la literatura contemporánea sin que el ambicioso plan olvide en el camino los grandes temas y los nombres fundamentales que vertebran el vario y riquísimo acervo literario, hombres, movimientos y escuelas, alcances e influencias de las mismas, con el añadido de una bibliografía y una tabla cronológica, que contribuyen a que el manual cumpla con los fines que el autor se propuso, y que lo hacen de eficaz consulta para el estudioso en lengua castellana.



En su barrio, para su comodidad, una agencia de Avisos Económicos de

● CIUDAD VIEJA: Rincón 529 — CENTRO: 18 de Julio y Yaguarón EL DIA; Río Branco 1212; Paysandú 1099 esq. Paraguay (Ag. Risso) — CORDÓN: 18 de Julio 2022 (Ag. Petraglia); Dante 2132 casi Joaquín Requena (Salón Stop) — PUNTA CARRETAS: Luis Franzini 810 esquina 21 de Setiembre — PARQUE RODO: Constituyente 2007 — POCITOS: Alejandro Chucarro 1183 casi Pereira; Juan Benito Blanco 827 bis; Francisco Muñoz 3081 entre Pagola y L. Pérez — RIVERA: Avda. Rivera 2621 — VILLA DOLORES: Avda. Rivera 3379 — TRES ESQUINAS: Comercio 1867 c. Avda. Italia (Salón Santa María) — BUCEO: Comercio 1443 (Libr. "San Dimas"; entre Rivera y Verdi) — NUEVO MALVIN: Hipólito Yrigoyen 1674 — MALVIN: Orinoco 5048 y Michigán; Almería 4602 y Yacó; Rivera 4501 esq. Corumbes (Salón Los Olímpicos) — UNION: Avda. 8 de Octubre 3565 (Librería Sur); Avda. 8 de Octubre 4022; Jaime Cibila 2387 — VILLA ESPAÑOLA: José

Serrato 3296 casi Centenario — CURVA DE MAROÑAS: Avda. 8 de Octubre 4683 esq. Piccoli — LA COMERCIAL: Avda. Gral. Garibaldi 2559 — GOES: Avda. Gral. Flores 2942 A; Avda. Gral. Flores 4169 casi José Serrato — CERRITO: Avda. San Martín 3491 — ITUZAINGO: Avda. Gral. Flores 4996 — AGUADA: Avda. D. Fernández Crespo 1906 (Salón Progreso); Avda. Agradada 2014; Gral. Luna 1350 esq. Melo (Salón San Pancracio) — VILLA MUÑOZ: Domingo Aramburú 1751 (Salón Carlitos) — REDUCTO: Guadalupe 1490 — CERRO: Avda. Carlos M. Ramírez 1886 esq. Grecia — CAPURRO: Uruguayana 3150 — PASO MOLINO: Avda. Agradada 4109 — PRADO: Cno. Castro 836 casi Millán — ATAHUALPA: Avda. Millán 3791 — BURGUES: BURGUES 3325 casi L. A. de Herrera (Salón Guido) — SAYAGO: 28 de Febrero 1044 — COLÓN: Avda. Garzón 1934 — PARQUE BATLE Y ORDOÑEZ: Avda. Italia 2791; Avda. Italia 3245 (Farmacia "San Marcos") Canelones

2312 bis (Salón Artigas) — OBELISCO: Duv. Terra 1539 — CARRASCO: Cno. Carrasco Km. 15; Arocena 1571 casi Ramble — PUNTA RIELES: Cno. Maldonado 6274 Km. 12 — PIEDRAS BLANCAS: J. Belloni 4316 (Salón Bonanza) — MILLÁN: Avda. Millán 3141 bis esq. Muldobra — EN EL INTERIOR: CANELONES: Treinta y Tres esq. Rodó, Pzo. 18 de Julio (Kiosco Isardi) — LOS CERRILLOS: Máximo Tajes s/n. — SANTA LUCÍA: Rivera 488 bis (Bazar "El Trébol") — LAS PIEDRAS: Avda. Artigas y Lavalleja (Kiosco Luisito); Plaza Avda. Batlle y Ordoñez 21 (Bazar Jorgito) — MALDONADO: Florida 878 — PARQUE DEL PLATA: Calle 2 esq. H — SAN JOSE: Carretera Colonia. Kilóm. 52; Ruta 1 Kilóm. 31.600. Playa Pascual — LIBERTAD: Ed. Maccló, 18 de Julio y 25 de Mayo — SALTO: Agencia Noticias EL DIA — RIVERA: Agencia Noticias EL DIA — PAYSANDU: Agencia Noticias EL DIA.

EL DIA



**este invierno
la moda
masculina
se detiene en**

Soler

CREDITOS

SARANDI CENTRO CORDON
UNION AGRACIADA LAS PIEDRAS

Sacos sport CAVANAH'S en paño espigado de gran abrigo, corte moderno ... \$ 93.500



Y además:

Pantalón CAVANAH'S en acrocel y lana de fina terminación corte clásico \$ 38.650

Pantalón CAVANAH'S en gabardina de lana de gran abrigo, modelo semi-oxford \$ 47.950

Sacos sport CAVANAH'S, confeccionados en paño escocés, tonos de actualidad ... \$ 96.300

Gabón CAVANAH'S en Acrocel impermeabilizado, con forro desmontable de corderito \$ 142.000



Gabán de nuestra línea exclusiva CAVANAH'S confeccionado en tela jean con forro de corderito .. \$ 156.000



Perramus CAVANAH'S confeccionado en gabardina de pura lana, impecable corte \$ 125.000

Sacos CAVANAH'S en casimir espigado CAMPOMAR, de gran abrigo, modernos tonos \$ 172.500